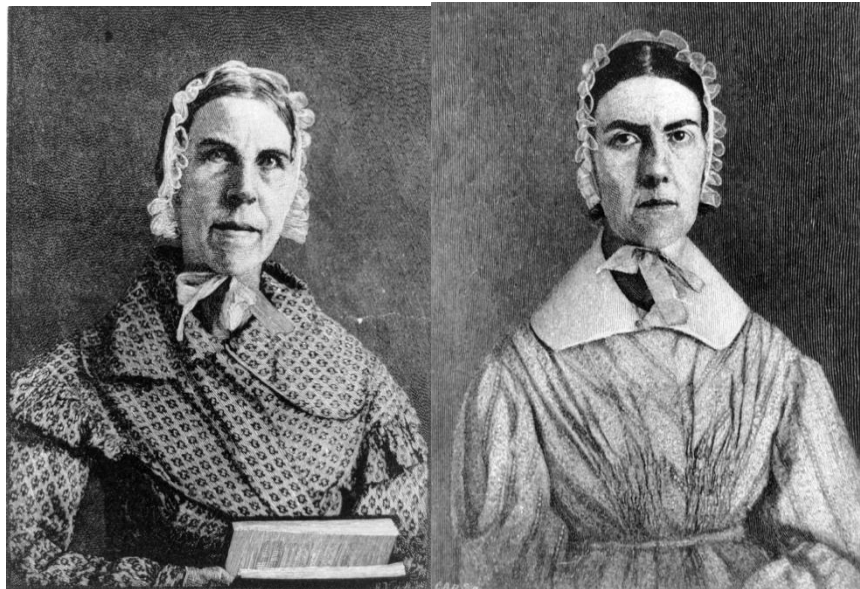


Sarah Moore Grimké (1792-1873) y Angelina Emily Grimké Weld (1805-1879)



Este ensayo ofrece una reconstrucción histórica y analítica de las vidas y obras de Sarah Moore Grimké y Angelina Emily Grimké, dos figuras fundamentales del abolicionismo y del movimiento por los derechos de las mujeres en el siglo XIX. Presenta su formación en el ambiente esclavista de Charleston, su posterior conversión religiosa y su integración al círculo garrisoniano, donde articularon la lucha contra la esclavitud con una defensa pionera de la igualdad de género. El texto examina los principales escritos de ambas: las Letters on the Equality of the Sexes y Epistle to the Clergy de Sarah, caracterizados por una argumentación bíblica e intelectual de gran originalidad, y el Appeal to the Christian Women of the South, las Letters to Catharine Beecher y American Slavery As It Is de Angelina, centrados en la denuncia moral y testimonial del sistema esclavista. Finalmente, analiza su legado duradero en el feminismo cristiano, la educación femenina y la teoría igualitaria estadounidense.

Semblanza de sus vidas

Sarah Moore Grimké nació el 26 de noviembre de 1792 y Angelina Emily Grimké el 20 de febrero de 1805 en Charleston, Carolina del Sur, en el seno de una influyente y adinerada familia. Tanto su madre Mary Smith como su padre John Faucheraud Grimké, eran miembros con una larga prosapia de familias acomodadas en las colonias americanas. John, luego de estudiar en Oxford, regresó a las colonias para luchar por la independencia,

cuando la guerra termina se dedica a la práctica legal, lo que en unos años lo lleva a ser juez de la Corte Suprema de Carolina del Sur. La familia también tenía plantaciones con esclavos, lo cual les generó una cuantiosa fortuna que les permitía llevar una vida de lujos sin grandes preocupaciones. El matrimonio tuvo catorce hijos, de los cuales la mayoría fueron más o menos destacados en diferentes ámbitos (Birney, 2004, pp 5-6). Desde temprana edad, Sarah mostró un fuerte rechazo hacia la esclavitud, influenciada en parte por su inteligencia, sensibilidad moral y observación directa del sistema esclavista en la plantación familiar. Aunque deseaba recibir una educación formal de igual nivel que sus hermanos varones, se le negó ese derecho solo por ser mujer. A los doce años, pasaba mucho tiempo estudiando con su hermano mayor Thomas, lo cual le permitió aprender de forma autónoma sobre ciencia, historia, geografía y matemática. Su inteligencia, captó la atención de su padre, quien con el paso de los años llegó a afirmar que si Sarah hubiera tenido otro sexo hubiese sido el mejor jurista de su país (p. 8). Casi al mismo tiempo que su hermano Thomas partía a estudiar a Yale, nacía Angelina, la última de las hijas de la familia. Casi de inmediato se produjo una conexión instantánea entre Sarah y su pequeña hermana, la cual se mantendría de por vida. Desde muy jóvenes, las hermanas fueron testigos del sufrimiento de los esclavos, ya que los veían de primera mano en la plantación familiar, lo cual marcaría su disidencia familiar en torno a esta cuestión.

En 1819, Sarah se traslada a Filadelfia junto a su padre, que estaba enfermo, en búsqueda de alguna cura que nunca llegaría, falleciendo en agosto de ese mismo año. Sin embargo, el viaje permitiría a Sarah entrar en contacto con miembros de la comunidad cuáquera, lo cual impacta en su perspectiva con respecto a la cuestión de la mujer y la esclavitud. De hecho, los cuáqueros eran los únicos que aceptaban mujeres como ministros de la fe, Lucretia Mott era una de ellos y conoció a Sarah en estos encuentros (Lerner, 2004/1967,

pp. 31-32, 41-43). A lo largo de esa década, pasaría algún tiempo yendo y viniendo entre Charleston y Filadelfia, aunque la mayor parte del mismo vivió en la última ciudad, confrontando la perspectiva que se tenía en el Sur y en el Norte con respecto al tema de la esclavitud, además de enfrentar una crisis religiosa que la llevaría a adoptar el cuaquerismo.

Por su parte, Angelina, doce años menor que Sarah, tuvo una infancia mucho más relajada y, si se permite, despreocupada que esta. De los hermanos más jóvenes, era la única mujer viviendo en el hogar. Su carácter pronto se mostró más vivaz y despreocupado que el de Sarah, al que ella consideraba más como una madre que como una hermana. Desde joven se mostraba rebelde tanto en el hogar como en sus obligaciones religiosas.

En abril de 1826 se convierte al Presbiterianismo y pronto comienza a dar clases sobre la Biblia a unos 150 niños (pp. 47-48). Su participación en la comunidad presbiteriana la llevó a insistir en uno de los temas que desde pequeña la tenía mortificada: la esclavitud. Tanto Angelina como Sarah tenían trato cotidiano con los esclavos de su familia, con lo cual sabían perfectamente de qué se trataban los abusos a los que estaban expuestos. Así las cosas, la poca receptividad de su insistencia para mejorar las condiciones de estos, incluso la propuesta de liberarlos, la llevó a escribir en su diario sobre su urgente deseo de “escapar de esta tierra de esclavitud” (p. 56). La decisión de partir a Filadelfia se concretó en noviembre de 1829, donde se reúne con Sarah. Desde ese momento, la vida de las hermanas sería inseparable tanto desde el punto de vista familiar como en lo referido a su activismo por los derechos de los esclavos y las mujeres.

A comienzos de los años treinta, las hermanas entran en contacto con William Lloyd Garrison, un reconocido abolicionista con inclinaciones libertarias, que se oponía a la participación del gobierno en la esfera privada de los hombres, así como al intervencionismo

en la guerra y la esclavitud. En 1831 fundó “The Liberator”, un periódico desde el cual difundió su prédica abolicionista y, en diciembre de 1833, fue uno de los fundadores de la American Anti-Slavery Society. Garrison promovía una inmediata emancipación sin restricciones ni compensación económica para los propietarios de esclavos; además, de incorporar a estos a la organización. Esta postura radical con respecto a la esclavitud era vista con escepticismo en el Norte y con rechazo en el Sur, aunque para las hermanas Grimké resultaba familiar y aceptable. Se presume que Angelina comenzó a asistir a reuniones de la Philadelphia Female Anti-Slavery Society a comienzos de 1835 (pp. 79-80, 83). Una carta personal, fechada el 30 de agosto de 1835, enviada por Angelina a Garrison sobre los ataques sufridos por el movimiento antiesclavista, es publicada por él en The Liberator, lo cual convierte a Angelina y sus ideas en una figura reconocida en un ambiente mucho más amplio, y al mismo tiempo, le acarrea un gran rechazo entre sus parientes y antiguos conocidos. Por ese entonces, en ocasión de realizarse la Convención de la American Anti-Slavery Society, Garrison introduce a las hermanas con Theodore Dwight Weld, quien era el líder de la convención. Por primera vez, Sarah y Angelina, sentían que no estaban solas en su prédica (pp. 86-104).

En 1837, Garrison anunció que en su periódico también habría lugar para las peticiones de las mujeres; aunque esta decisión no fue bien recibida por algunos miembros del movimiento antiesclavista, quienes estaban en desacuerdo con mezclar las demandas de las mujeres con las de los abolicionistas. En esta circunstancia, algunos vieron en las hermanas las iniciadoras de la división del movimiento emancipador, otros las vieron como las que incorporaron los reclamos de las mujeres a la causa abolicionista. Pronto, en sus presentaciones públicas, empezarían a recibir ataques por su activismo en favor de los derechos de las mujeres más que por promover la abolición (pp. 115, 127).

A diferencia de Angelina que se destacaba por ser una oradora carismática, Sarah tenía una personalidad más introspectiva, meticulosa y racional. Influenciada por sus lecturas de Locke, Jefferson y las obras de los padres fundadores, logró conectar estas ideas con su experiencia personal y sus creencias religiosas para impulsar sus reclamos. Sus “Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Women”, donde defendía los derechos de las mujeres, se adelantó seis años a la publicación de “Woman in the Nineteenth Century” de Margaret Fuller y diez a las proclamas de la Convención de Seneca Falls de 1848 (pp. 134-137).

Sus contemporáneos comprendieron la importancia de su obra. Lucy Stone la calificó de «de primera categoría» y afirmó que confirmaba su resolución «de no considerar a ningún hombre como amo». Abby Kelley y Elizabeth Cady Stanton reconocieron el impacto de su obra en su propio desarrollo. Lucretia Mott la consideró la obra más importante desde ‘Los Derechos de la Mujer’ de Mary Wollstonecraft. Sin embargo, la obra permaneció olvidada hasta hace poco, cuando fue reeditada (p. 139).

Mientras tanto, durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1837, las hermanas continuaban de gira, ciudad tras ciudad, haciendo varias presentaciones por semana, viajando en carrea o a caballo, lo cual las dejaba exhaustas, tanto física como emocionalmente. En mayo de 1838, Angelina contrajo matrimonio con el abolicionista Theodore Weld. Para ese entonces la cantidad de asociaciones antiesclavistas se habían multiplicado, y en noviembre de ese año se creó la Female Anti-Slavery Society. En 1839, un grupo de disidentes, liderados por los hermanos Arthur y Lewis Tappan, decidieron formar una nueva organización que no aceptaba mujeres entre sus miembros: la American

and Foreign Anti-Slavery Society, salvo Garrison todos los miembros del comité ejecutivo se unieron a esta. Las Grimké sabían que su lugar estaba con quien favorecía la participación de las mujeres y se mantuvieron con los *garrisonianos*. Lo que sí cambiaría sería su presencia activa en actos públicos. Angelina, que para ese entonces era madre de dos niños, debía ocuparse de su familia, ya que no contaba con recursos para tener ayudantes. Esta circunstancia, le permite palpar de primera mano las obligaciones y restricciones que enfrentaban las mujeres en el hogar. De hecho, los constantes embarazos de Angelina, los cuales muchas veces implicaban muchos meses de reposo, llevan a Sarah a tomar hacerse cargo del cuidado de la familia Weld, sus hijos y Sarah.

Al alejarse de las extenuantes giras, a partir de 1840 inician un proyecto educativo que, con sus altos y bajos, continuaría por el resto de sus vidas. A comienzos de los años cincuenta, la iniciativa ya contaba con veinte alumnos regulares. En el mismo, las hermanas hacían casi todo, además de enseñar algunos cursos, mientras que Theodore, ya retirado de la política y su activismo anti esclavista, era el director del Belleville School. En 1853, los Welds son invitados a formar parte de la Raritan Bay Union, una comunidad de abolicionistas y feministas, que duró unos años y donde Theodore fungió como director educativo (pp. 222-223). La Guerra Civil, que se inicia en 1861, no toma por sorpresa a Weld y las hermanas, ya que ellos ya habían anticipado esa posibilidad, Weld en 1842 y Sarah en 1854. Si bien eran pacifistas, solo apoyarían la guerra como el paso final para lograr la abolición definitiva de la esclavitud. Las hermanas nunca dudaron en tomar parte por la Unión, aun cuando temían las consecuencias que la guerra acarrearía para el Sur donde habían nacido y todavía tenían algunos familiares y conocidos (pp. 244-245).

Al terminar el conflicto, los Weld y Sarah se establecerán definitivamente en Fairmount, una localidad cerca de Boston, donde residirán definitivamente. A pesar de su edad, las

hermanas no se conformaron con ser meras observadoras. Sarah recorrió penosamente el campo, circulando y vendiendo 150 ejemplares de "Subyugación de la Mujer" de John Stuart Mill. Cuando, en enero de 1870, se funda la Asociación por el Sufragio Femenino de Massachusetts, ambas hermanas aceptaron puestos en la junta directiva como vicepresidentas, cargo que ocuparían hasta su muerte. En 1870, cuando Lucy Stone dio una conferencia en Hyde Park, las hermanas y Weld estuvieron presentes. Sarah participó en el debate; las tres coincidieron en que se necesitaba algo más que conferencias para visibilizar la demanda de las mujeres por el sufragio electivo, lo cual se iría forjando en las siguientes décadas, aunque ellas no llegarían a verlo (p. 262). En 1873, a los 81 años, fallece Sarah, y en 1879 lo hace Angelina, a los 74 años, luego de estar postrada seis años debido a un derrame cerebral. Su marido Theodore tenía 91 años cuando fallece en 1895.

Sus obras más destacadas

Sarah

'Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Woman' (1838), es uno de los textos fundacionales del feminismo estadounidense, se trata de una colección de cartas escritas entre 1837 y 1838, dirigidas a Mary S. Parker, presidenta de la Boston Female Anti-Slavery Society. Uno de los mayores aciertos de Grimké es el desplazamiento del debate sobre la mujer desde la "esfera privada" hacia el terreno de los derechos naturales y la justicia universal. Su insistencia en que "el intelecto no tiene sexo" y en que la supuesta inferioridad femenina es un producto cultural, no natural, anticipa los argumentos centrales de la teoría feminista del siglo XIX. Su posición adquiere especial fuerza en el contexto del movimiento abolicionista. Para ella, la analogía entre la esclavitud y la situación legal de las mujeres no es meramente retórica.

Sarah desarrolla una defensa sistemática de la igualdad moral, bíblica e intelectual entre hombres y mujeres, denunciando las estructuras sociales y religiosas que han justificado la subordinación femenina. Para ella, la supuesta inferioridad femenina no se deriva de las Escrituras, sino de “una pervertida interpretación de la Biblia” (Grimké, 1838, p. 1)

Al examinar este importante tema, me basaré únicamente en la Biblia para designar la esfera de la mujer, porque creo que casi todo lo que se ha escrito sobre este tema ha sido el resultado de una concepción errónea de las sencillas verdades reveladas en las Escrituras, como consecuencia de la traducción falsa de muchos pasajes de las Sagradas Escrituras... En toda esta sublime descripción de la creación del hombre, [...], no se insinúa la menor diferencia entre ellos. Ambos fueron creados a imagen de Dios; se les concedió dominio sobre todas las demás criaturas, pero no sobre cada uno de ellos. Creados en perfecta igualdad, se esperaba que ejercieran la vice regencia que les confió su Creador, en armonía y amor (pp.4-5).

La autora sostiene que para ocupar el puesto que Dios ha asignado a la mujer es necesario que el hombre y la mujer se unan bajo la igualdad sin “la presión constante de un sentimiento de que somos de sexos diferentes”. Señala la necesidad de revertir la situación actual femenina:

El hombre ha infligido un daño indescriptible a la mujer al poner ante su vista su naturaleza animal y relegar su ser moral e intelectual. La mujer se ha infligido un daño a sí misma al someterse a ser considerada así; y ahora está llamada a elevarse de la posición donde el hombre, no Dios, la ha colocado, y a reclamar esos derechos sagrados e inalienables, como ser moral y responsable, con los que su Creador la ha investido (p.24).

Además, critica el rol de la mujer en el matrimonio y destaca la falta de educación femenina:

Solo me quejo de que nuestra educación consista casi exclusivamente en operaciones culinarias y otras operaciones manuales. Anhele ver el día en que ya no sea necesario que las mujeres dediquen tantas horas preciosas a preparar una mesa bien servida, sino que sus maridos renuncien a algunos de sus caprichos habituales y animen a sus esposas a dedicar parte de su tiempo al cultivo intelectual, incluso a costa de tener que cenar a veces patatas asadas o pan con mantequilla (p.49).

Sarah también aborda la cuestión de la esfera pública, argumentando que la exclusión de las mujeres de la legislación y el gobierno es el mayor obstáculo hacia la elevación del género femenino. Sostiene que las mujeres, incluso en la república libre, no gozan de todos los derechos intelectuales y legales que los hombres, y llega a comparar a la situación de las mujeres con el de los esclavos:

Dado que estos abusos existen y las mujeres los sufren intensamente, nuestros hermanos en esta época ilustrada, por todos los principios del honor, la religión y la justicia, están llamados a derogar estas leyes injustas y desiguales, y a restituir a la mujer los derechos que le han arrebatado. Dichas leyes se asemejan demasiado a las leyes promulgadas por los esclavistas para el gobierno de sus esclavos, y tienden a degradar y deprimir la mente de ese ser, a quien Dios creó como ayuda idónea para el hombre, o "ayuda semejante a él", y diseñado para ser su igual y su compañera. Mientras tales leyes no sean abolidas, la mujer jamás podrá ocupar la posición exaltada para la que fue destinada por su Creador (p.49).

Sarah denuncia la exclusión de las mujeres de asociaciones eclesiásticas y políticas, recordando que son juzgadas por leyes elaboradas por varones y sin participación femenina: "La mujer es juzgada... no por un jurado de sus iguales, sino por seres que se

consideran sus superiores” (p. 83). Otro tema relevante es la crítica a las formas de sociabilidad entre los sexos, dominadas por la galantería y la dependencia. Grimké denuncia la “cortesía” masculina como un mecanismo para mantener a las mujeres en situación infantilizada: “Este tipo de atención fomenta el egoísmo en la mujer y solo se concede... como compensación por los derechos de los que estamos privadas” (p. 128). Otra de sus obras reconocidas es ‘Epistle to the Clergy of the Southern States’ (1836), en ella Sarah se dirige directamente a los ministros del sur de los Estados Unidos, en un tono severo y bíblicamente argumentado. Allí, expresa su angustia por aquellos que sostienen la esclavitud mientras profesan la fe y por la forma en que la Iglesia ha legitimado la esclavitud:

Aquí se marca una distinción que nunca podrá borrarse entre un hombre y una cosa, y estamos luchando contra el decreto inmutable de Dios al privar a este ser racional e inmortal de aquellos derechos inalienables que le han sido conferidos (p.3).

Desde el principio, la autora sostiene que la esclavitud contradice el orden divino establecido en la creación, afirmando que no existe justificación divina para convertir al hombre en propiedad del otro. Para ella, hacerlo es destruir lo más sagrado que hay en él, su calidad de imagen de Dios: “...No dijo: Sea el hombre, sino: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...” (p.3). Grimké defiende el derecho de los esclavos a ser considerados hermanos de Cristo y se escandaliza ante el hecho de que los cristianos del Sur puedan rezar junto a sus familias mientras condenan a otros a la opresión:

¡Con una mano abrazamos la cruz de Cristo y con la otra el cuello del esclavo oprimido! Con un ojo contemplamos implorantes el sacrificio sangriento del Calvario, como si esperáramos redención mediante la sangre derramada allí, y con el otro

dirigimos una mirada de indignación y desprecio al representante de Aquel que allí ofreció su alma por el pecado (p.10).

Sarah rechaza el argumento de que los actuales esclavistas -como lo era su familia- no son culpables porque heredaron el sistema. Desde su mirada, la responsabilidad es personal e ineludible y no aceptar esa verdad es una muestra de cobardía espiritual y negación ética. Considera que esta generación tiene aún más culpa porque ha presenciado más de dos siglos de abusos, y ha preferido ignorarlos:

Creo que sobre la generación actual recae un peso acumulado de culpa. Tienen la experiencia de más de dos siglos de la que sacar provecho: han presenciado los males y los crímenes de la esclavitud, y saben que el pecado y la miseria son sus legítimos frutos. Ven por doquier, inscrita en la faz de la naturaleza, la devastadora maldición de la esclavitud, como si la tierra lamentara la iniquidad y la miseria de sus habitantes (p.19).

Cuando a finales de la década de 1830, las hermanas abandonan sus presentaciones públicas, se dedican a la educación y a escribir. Sarah elaboró algunos ensayos que fueron encontrados como papeles sueltos y sin organizar entre los que se destacan “The Education of Women” escrito, presumiblemente, en algún momento de la segunda parte de la década de 1850, el ensayo se basa en una teoría de la historia en la que el cambio y el conocimiento son el motor del progreso. Citando ejemplos históricos de los logros de mujeres «paganas» con educación, contrasta su situación con la lamentable condición de las mujeres cristianas a las que se les niega el acceso al conocimiento. Sarah toma la inusual decisión de incluir en el ensayo la historia de su lucha por la educación y las privaciones que producen carecer de la misma (Lerner, p. 230). “Creo que mis penas no son inusuales... Muchas mujeres se estremecen al mirar atrás ante el terrible eclipse de

esas facultades intelectuales que, en sus primeros años, parecían presagiar utilidad y felicidad” (Grimké, S., s.f., como se citó en Bartlett, 1988, p. 116). Para ella, la educación debe preparar a las mujeres para la independencia económica y la utilidad social. Así, en el texto refuerza su crítica más aguda sobre la prerrogativa masculina en todos los ámbitos.

Redimámonos de la degradación que ha sido la consecuencia natural de haber considerado a la mujer un mero instrumento para la satisfacción de la pasión, como la sirvienta superior en las relaciones domésticas del hombre, para asegurar la comodidad de su señor, para preparar su comida y ropa, para producir un par de zapatillas que ponerse y para amamantar a sus bebés. No puedo decir de ella, pues con demasiada frecuencia no ha sido una compañera voluntaria en su nacimiento. Es porque sentimos esto tan profundamente que ahora exigimos una educación igual a la del hombre. Es porque sentimos que tenemos poderes que están aplastados, responsabilidades que no se nos permite ejercer, derechos que se nos han conferido como seres morales e intelectuales, que son completamente ignorados y pisoteados. Es porque sentimos esto tan profundamente que ahora exigimos una educación igual a la del hombre. (pp. 116-117)

En consonancia con este texto, para la misma época escribe “Marriage”, como respuesta a un artículo publicado en New York Times a mediados de 1855, donde su autora declara que el movimiento feminista conduce “directa y rápidamente” al “amor libre”. Sarah niega rotundamente la afirmación de la ensayista de que otorgar a la mujer “total soberanía sobre su propia persona y conducta” anularía la relación matrimonial. Por el contrario, “purificaría y exaltaría la relación matrimonial y destruiría todo libertinaje”. Para Grimké, los males del sistema matrimonial actual son causados por la usurpación del poder del hombre sobre la mujer y por su naturaleza licenciosa. Utilizando un lenguaje que en su época habría sido

considerado absolutamente escandaloso, Sarah se centró en lo que hoy llamamos “violación conyugal” como la causa de la infelicidad de la mujer, su mala salud causada por embarazos demasiado frecuentes y la enfermedad de muchos hijos (Lerner, p. 230).

¡Oh, cuántas mujeres que han entrado en el matrimonio con toda pureza e inocencia, esperando alcanzar en él la plenitud de su propia mitad, la plenitud de su propio ser... han descubierto demasiado pronto que eran amas de casa y enfermeras sin sueldo, y peor aún, bienes permanentes para ser usados y abusados a voluntad de un amo...! ¡Cuántas supuestas esposas se levantan por la mañana oprimidas con un sentimiento de degradación por el hecho de que su castidad ha sido violada... humilladas por un supuesto esposo que ha sido el autor del crimen antinatural! (Grimké, S., s.f., como se citó en Bartlett, 1988, p. 151).

Si bien defiende el derecho absoluto de la mujer a controlar la frecuencia de sus relaciones sexuales, en una postura muy adelantada a su tiempo, admite que estas pueden continuar incluso después de la maternidad, siempre que sean una expresión de amor y respeto (p. 149). Siguiendo en este mismo sentido, Sarah enumera diversas causas de la infelicidad de muchas familias, como ser la ignorancia de los hechos físicos «que todo hombre y mujer debería conocer antes del matrimonio» (p. 143); las falsas nociones sobre las necesidades físicas del hombre; y el hecho de que muchos matrimonios no son matrimonios por amor. Para ella, “los hombres deben superar ese estancamiento en el que se encuentran actualmente” y las mujeres deben tener igualdad de derechos. Pero esto no ocurrirá hasta que su educación mejore para que pueda lograr esa “independencia económica” que la elevaría por encima de la tentación de casarse por un hogar (p. 152). En este escrito, Sarah expresa el vínculo entre la subordinación sexual de la mujer y su dependencia económica, una idea que parecía radical incluso cien años después. Como señala Lerner, “los

historiadores han asumido que el pensamiento feminista anterior a la guerra civil se mantuvo prácticamente al margen de este tipo de análisis hasta la década de 1870, cuando Elizabeth Cady Stanton expuso públicamente sus ideas poco ortodoxas sobre la opresión sexual de la mujer” (pp. 231, 235).

Angelina

En ‘An Appeal to the Christian Women of the South’ (1836), Angelina Grimké realiza un llamado a las mujeres blancas del sur de Estados Unidos, alentándolas a reconocer la esclavitud como una violación del cristianismo. Desde su propia posición como mujer del sur y profundamente religiosa, presenta siete argumentos principales respecto la esclavitud:

Creo haberles demostrado claramente siete proposiciones, a saber: Primero, que la esclavitud es contraria a la Declaración de Independencia. Segundo, que es contraria a la primera carta de derechos humanos otorgada a Adán y renovada a Noé. Tercero, que el hecho de que la esclavitud haya sido objeto de profecía no justifica en absoluto a los traficantes de esclavos. Cuarto, que tal sistema no existió bajo la administración patriarcal. Quinto, que la esclavitud nunca existió bajo la administración judía; pero, en todo lo contrario, todo sirviente estaba bajo la protección de la ley, y se procuraba no solo evitar toda servidumbre involuntaria, sino toda servidumbre voluntaria perpetua. Sexto, que la esclavitud en América reduce al hombre a una cosa, a un bien mueble, lo priva de todos sus derechos como ser humano, encadena su mente y su cuerpo, y protege al amo con el poder más antinatural e irrazonable, a la vez que lo expulsa de la protección de la ley. Séptimo, que la esclavitud es contraria al ejemplo y a los preceptos de nuestro santo y misericordioso Redentor y de sus apóstoles (p.3).

La autora interpela a sus lectoras, no solo como creyentes sino como esposas, madres, hijas y hermanas de quienes legislan y quienes sostienen el sistema esclavista. Aunque ellas no ejerzan ningún cargo público ni redacten las leyes, están profundamente implicadas en el orden social que permite la esclavitud:

No hacemos las leyes que perpetúan la esclavitud. No tenemos ningún poder legislativo; no podemos hacer nada para derrocar el sistema, aunque quisiéramos. A esto respondo: sé que ustedes no hacen las leyes, pero también sé que son las esposas y madres, hermanas e hijas de quienes sí las hacen; y si realmente creen que no pueden hacer nada para derrocar la esclavitud, están muy equivocados (p.3).

Angelina establece cuatro deberes fundamentales para las mujeres comprometidas con la causa: leer, orar, hablar y actuar. Las anima a instruirse con las Escrituras y con la historia del esclavismo, a orar sin descanso por la conversión moral del sur y a testimoniar con su propia vida. Finalmente, las llama a actuar, comenzando en su propio entorno, ya sea liberando esclavos que posean o al menos dejando de contratar mano de obra esclavizada. Anima a sus lectoras a salir del pensamiento colectivo y las invita a convertirse en agentes activos de emancipación, desde su posición religiosa y doméstica.

En 'Letters to Catharine Beecher' (1838), Angelina responde a las ideas defendidas por Beecher, quien sostenía que las mujeres debían limitar su rol al ámbito doméstico y privado, y que no les corresponde participar en cuestiones públicas como la abolición. Angelina refuta esa idea con firmeza, argumentando que tanto la esclavitud como la subordinación de las mujeres son injusticias morales y sociales, que deben ser combatidas por igual. En las cartas, desafía tanto el racismo estructural como las propuestas de expulsar a las personas negras fuera de Estados Unidos. Mediante una defensa efectiva, no concibe un

país justo sin ellos, ni un activismo efectivo sin una transformación de las prácticas cotidianas y morales de la sociedad blanca. Afirma que: "...es porque amo a los estadounidenses de color que quiero que se queden en este país; y para que sea un hogar feliz para ellos, estoy tratando de hablar, escribir y superar este horrible prejuicio" (p.40).

Una de las ideas centrales del texto es la igualdad moral entre hombres y mujeres, especialmente ante la ley divina. Angelina sostiene, en una de las frases más poderosas del movimiento por los derechos de las mujeres de aquella época, que:

Cuando se considera a los seres humanos como seres morales, el sexo, en lugar de entronizarse en la cima, administrando derechos y responsabilidades, se hunde en la insignificancia y la nada. **Mi doctrina, entonces, es que todo lo que es moralmente correcto para el hombre, también lo es para la mujer*** (p.115).

Finalmente, defiende el derecho de las mujeres a participar plenamente en la vida pública, tanto civil como religiosa y exige el derecho a participar en todas las decisiones que la afectan. Define la exclusión como una violación de los derechos humanos y una confiscación violenta de lo que pertenece a las mujeres:

"Ahora bien, creo que la mujer tiene derecho a tener voz en todas las leyes y regulaciones por las que debe ser gobernada, ya sea en la Iglesia o en el Estado; y que las actuales disposiciones de la sociedad, en estos puntos, son una violación de los derechos humanos, una usurpación flagrante del poder, una toma y confiscación violenta de lo que es sagrada e inalienablemente suyo, infligiendo así a la mujer agravios atroces, causando un daño incalculable en el círculo social y, en su influencia sobre el mundo, produciendo solo maldad continuamente" (p.119).

* El resaltado es nuestro.

En *'American Slavery As It Is: Testimony of a Thousand Witnesses'* (1839), en colaboración con su marido Theodore Dwight Weld y su hermana Sarah, realizan una denuncia directa y documentada de los horrores del sistema esclavista americano. El libro se basa en cientos de testimonios de los esclavos del sur y presenta evidencia clara y organizada de la brutalidad física y psicológica impuesta a las personas esclavizadas. A través del texto se busca destruir el discurso que defendía la esclavitud como una forma de civilización y demuestra con pruebas que la misma es un sistema de crueldad, destructora de la humanidad. Desde su inicio, el texto convoca al lector a asumir un rol de responsabilidad histórica: "Lector, usted ha sido convocado como jurado para juzgar un caso sencillo y emitir un veredicto honesto" (p. 7). La pregunta fundamental planteada es directa y urgente: "¿Cuál es la condición actual de los esclavos en Estados Unidos?" (p. 7).

De entrada, denuncia la pretensión de benevolencia del amo: los autores sostienen que resulta absurdo justificar el sistema alegando buen trato, ya que "El hombre que te roba todos los días... es, en verdad, demasiado tierno como para golpearte o patearte" (p. 8). Una de las contribuciones más significativas es que recoge las experiencias de las propias compiladoras, particularmente Angelina, quien relata el funcionamiento cotidiano de la esclavitud doméstica en Charleston. Su testimonio expresa la persistencia de la violencia cotidiana aun en los círculos "respetables"; y afirma: "Mientras viva, y la esclavitud viva, debo testificar contra ella. Si callara, 'la piedra clamaría desde el muro'" (p. 52).

Asimismo, Angelina subraya que los amos —incluso los considerados "benévolos"— desconocen la verdadera situación de los esclavos de campo. Explica que en su propia familia "Nunca visité los campos donde trabajaban los esclavos... sus capataces eran generalmente hombres sin principios e intemperantes" (p. 53). El texto se distingue por la amplitud y la heterogeneidad de su archivo testimonial, por su estrategia retórica de

interpelación directa y por su crítica profunda a los fundamentos morales y sociales del sistema esclavista. En el mismo se revela la violencia cotidiana, la degradación psicológica y la estructura institucional que posibilitó la explotación. Su contribución al abolicionismo del siglo XIX reside en haber transformado la evidencia empírica en una herramienta política capaz de disputar las narrativas legitimadoras del orden racial estadounidense. El testimonio de Angelina Grimké se distingue por añadir la voz de una mujer nacida en el seno de una familia esclavista que renuncia a su posición social para denunciar el sistema desde dentro.

Legado en el movimiento de las mujeres

Como señala Lerner, quizás el dilema que enfrentaron de las hermanas Grimké era que “sus mentes y conceptos se proyectaban muy lejos, hacia el futuro” (Lerner, p. 229). Sus vidas abarcaron casi todo el siglo XIX. A comienzos de la década de 1880, cuando ya habían muerto, la esclavitud había terminado, aunque las personas negras todavía no alcanzaban la libertad plena ni la igualdad de derechos. Por su parte, las mujeres habían progresado en sus demandas aunque quedaba mucho camino por recorrer. Para sus contemporáneas, especialmente para las mujeres abolicionistas, eran heroínas y líderes respetadas (Lerner, pp.229, 263).

Si bien trabajaron juntas casi toda su vida, cada una conservó sus características particulares. Angelina tuvo un impacto mayor en sus contemporáneos que el de Sarah; su locuacidad y su facilidad para comunicarse en las giras, hacía que los periódicos y las activistas se concentraran en su persona; aunque esta mayor exposición también la hacía blanco de las críticas, sobre todo de aquellos que rechazaban los cambios que ambas impulsaban, particularmente en lo referido a la causa abolicionista. Por su parte, Sarah, sobre todo a partir de 1840, se centró más en la cuestión de la mujer. Su pensamiento

feminista se adelantó con creces a su generación. Ofreció el mejor y más coherente argumento bíblico a favor de la igualdad de ambos sexos jamás presentado por una mujer; identificó y caracterizó la distinción entre sexo y género; y vinculó la subordinación de la mujer tanto a la privación educativa como a la opresión sexual. Sarah y Angelina Grimké habían vinculado la lucha contra la opresión racial con la defensa de los derechos de las mujeres. Vivieron y actuaron según su fe con tenacidad, valentía y dedicación, incluso relegando una posición cómoda en su Charleston natal y afrontar todo tipo de vicisitudes para promover sus ideales (Lerner, p. 264). Su pensamiento sentó las bases para el feminismo cristiano y el abolicionismo del siglo XIX. Además, su defensa al derecho a la educación, la igualdad civil y la denuncia a las injusticias religiosas convirtieron su obra en referencia para movimientos posteriores.

Referencias

Alexander, K.L. (2018). Sarah Moore Grimké. Retrieved from

<https://www.womenshistory.org/education-resources/biographies/sarah-moore-grimke>

American Battlefield Trust. (s.f). Sarah Moore Grimké

<https://www.battlefields.org/learn/biographies/sarah-moore-grimke>

Bartlett, E. A. (Ed.). (1988). *Sarah Grimké: Letters on the equality of the sexes and other essays*. Yale University Press.

https://archive.org/details/lettersonequalit0000grim_d9q1

Birney, C. H. (2004). *The Grimké sisters: Sarah and Angelina Grimké, the first American women advocates of abolition and woman's rights* [Ebook]. Project Gutenberg.

<https://www.gutenberg.org/>

Grimké, A. (1836). *An Appeal to the Cristian Women of the South*

Grimké, A. (1838). *Letters to Catharine E. Beecher, in Reply to An Essay on Slavery and Abolitionism, Addressed to A. E. Grimké*. Boston: Isaac Knapp

Grimké, S. M. (1836). *An epistle to the clergy of the southern states*.

Grimké, S. M. (1838). *Letters on the equality of the sexes, and the condition of woman*. Isaac Knapp.

Lerner, G. (2004). *The Grimké sisters from South Carolina: Pioneers for women's rights*. Oxford University Press.

Michals, D. (2015). *Angelina Grimké Weld*. National Women's History Museum.

<https://www.womenshistory.org/education-resources/biographies/angelina-grimke-weld>

Weld, T. D., Grimké, A., & Grimké, S. (1839). *American slavery as it is: Testimony of a thousand witnesses*. American Anti-Slavery Society.